

**JOHN
CROWLEY**



AEGYPTO

El héroe de la historia, un fracasado profesor de historia llamado Pierce Moffett, tiene una obsesión, *Ægypto*, un misterioso país oriental que se parece poco al Egipto del mundo cotidiano. Enraizado en parte en las fantasías infantiles de Pierce, y en parte en libros de alquimia, magia, astrología e historia especulativa, *Ægypto* cobra una misteriosa y resplandeciente realidad propia. No tiene existencia terrenal y tangible, pero está muy presente como historia paralela y secreta que ha venido desarrollándose desde hace siglos, todo el tiempo...

Pierce conoce bien las novelas de Fellowes Kraft que cuentan la vida del doctor John Deed, el sabio astrólogo y lector de espejos que vivió en la época de Isabel I. Cuando llega a Blackbury Jambs en busca de tranquilidad, se encuentra inevitablemente con otro lector de estas novelas, la atractiva Rosie Rasmussen. La realista historia de amor de una pareja de nuestro tiempo es de pronto parte de una más amplia y compleja ficción sobre la historia, la ficción histórica y la tradición hermética...

«Una de las novelas más originales de la última década». — Chicago Tribune

«Crowley nos devuelve de lo fantástico a lo mundano en esta hermosa novela, soberbiamente bien escrita, con escenas de una poesía y un poder asombrosos; y sin embargo, como los elementos feéricos de Pequeño, Grande, la Ægyptología acrecienta singularmente la humanidad del relato y nos despierta a todas las maravillas de la realidad...». — David Pringle, Las 100 mejores novelas de la literatura fantástica

«Recuerda la maravillosa novela de Thomas Pynchon, La subasta del lote 49». —USA Today

«Un maestro del lenguaje... Crowley triunfa en esta novela oculta y hermética, persuasiva y visionaria». —Harold Bloom

Nota del autor

Como lo son la mayoría de los libros, también este libro es —y más aún que la mayoría— un libro hecho de otros libros. El autor desea reconocer la profunda deuda que ha contraído con aquellos escritores cuyas obras se ha tomado la libertad de saquear y ofrecerles sus excusas por el uso que ha hecho de ellas: Joseph Campbell, Elizabeth L. Eisenstein, Mircea Eliade, Peter French, Hans Jonas, Frank E. y Fritzie P. Manuel, Giorgio di Santularia, Stephen Schoenbaum, Wayne Shumaker, Keith Thomas, Lynn Thorndike, D.P. Walker y, sobre todo, Dame Francés Yates (ahora fallecida), de cuyo inagotable venero de erudición se ha nutrido en abundancia esta fantasía en torno a sus temas.

He utilizado también, para mis fines, las especulaciones de John Michell y Katherine Maltwood, Robert Graves, Lois Rose y Richard Deacon, así como las traducciones y notas de la *Hermética* de Walter Scott y la versión de Gilbert F. Cunningham de las *Soledades*, de Luis de Góngora.

No obstante, lo que sigue es, todavía, una ficción, y no ha de pensarse que los libros mencionados, buscados con afán, leídos y citados desde el texto mismo, sean más reales que las personas y los lugares, las ciudades, pueblos y caminos, las figuras de la historia, las estrellas, piedras y rosas que aparenta contener.

PRÓLOGO EN EL CIELO

Había ángeles en el cristal, dos cuatro seis... numerosos ángeles, entrando sin cesar y poniéndose en fila arrastrando los pies, cual magistrados del reino durante la procesión del Lord Mayor. Ninguno de ellos vestía de blanco; algunos ostentaban cintas enlazadas en la cabellera suelta, o guirnaldas de flores y hojas verdes; y en los ojos, el resplandor de una extraña alegría. Y otros seguían entrando, de a uno y de a dos, siempre sitio para uno más; se cogían del brazo o entrelazaban las manos por detrás de la espalda y miraban sonrientes a los dos mortales que los observaban. Todos sus nombres comenzaban con A.

—Mirad —dijo uno de los hombres—. ¡Escuchad!

—Yo no veo nada —dijo el otro, el más anciano, que a menudo pasara horas infructuosas a solas delante de esa misma piedra, infructuosas pese a haberse preparado con prolongadas oraciones y una intensa concentración—. Yo nada veo. No oigo nada.

—Anael. Y Anacor. Y Anilos. Y Agobel —dijo el más joven—. Dios nos guarde y nos proteja de todo mal.

La piedra que scrutaban era un globo de cuarzo del color de la piel del topo y el tamaño de un puño, y tanto se había acercado a ella el vidente que la rozaba con la nariz y le bizqueaban los ojos; alzó las manos y la rodeó, protegiéndola como protege un hombre la temblorosa llama de una vela para impedir que fluctúe o se apague.

Ni un cuarto de hora hacía que se afanaban delante de la piedra cuando apareció la primera criatura; sus plegarias

en voz baja y sus invocaciones habían cesado, y por un momento el único sonido perceptible fue el castañeteo de los maineles en el áspero viento de marzo que dominaba la noche. Cuando el más joven de los dos, el señor Talbot, arrodillado delante de la piedra, empezó a temblar, como de frío, el otro le rodeó los hombros para calmarlo; mas, como los temblores persistían, se había levantado para atizar el fuego; y fue ése el momento en que el vidente dijo: *Mirad. Aquí hay uno. Aquí otro.*

El doctor Dee, el más anciano, a quien la piedra pertenecía, se volvió con presteza. Un temblor le corrió por la médula, en la nuca se le erizaron los cabellos y una ola de calor le subió por el pecho. Inmóvil, contempló el doble fulgor de la llama de la vela, en la superficie del cristal y en sus profundidades. Sentía en la estancia los hálitos del viento que soplaba afuera, y escuchaba sus suaves gemidos en la chimenea.

—Decidme lo que veis —rogó en un murmullo—, y yo anotaré lo que describáis.

Soltó el atizador, cogió una vieja pluma y la entintó. En la cabecera de una hoja de papel escribió de prisa la fecha: *8 de marzo de 1582*. Y aguardó, los ojos grandes, redondos, atisbando ya detrás de los redondos espejuelos con montura negra, lo que el otro le fuera a describir. El corazón le latía fuerte en los oídos. Nunca hasta esa noche un espíritu había acudido tan prestamente a su cristal. Él, él mismo, nunca había podido ver las criaturas que invocaba, pero solía esperar sentado o hincado en oración junto a sus médiums o videntes una hora, dos horas, antes de que alguna aparición ambigua fuese vislumbrada. O ninguna.

No esta noche: no, no esta noche. En toda la casa, como si el viento de marzo que soplaba fuera hubiese ahora penetrado y se paseara a la ventura por las habitaciones, se oía un repiqueteo de golpecitos secos, aporreos y aldabonazos; en la biblioteca, las páginas de los libros que quedarán abiertos se volvían una por una. En su alcoba, la esposa

del doctor Dee se despertó y al separar los doseles del lecho pudo ver que la vela que dejara encendida para su marido vacilaba y se extinguía.

Pronto los ruidos y el viento cesaron, y un silencio descendió sobre la casa y sobre la ciudad, sobre Londres y sobre toda Inglaterra, como una respiración contenida, una pausa tan repentina y total que en Richmond, la reina se despertó y al asomarse a la ventana vio la cara de la luna que la miraba.

El hombre joven alzó las manos hasta el cristal y en voz baja, confusa, apenas más audible que el rasguido de la pluma del doctor, empezó a hablar.

—Aquí está Anael —dijo—. Anael que dice que él es quien responde por esta piedra. Que la misericordia de Dios sea con nosotros.

—Anael —dijo el doctor Dee, y escribió—: Sí.

—Anael que es el padre de Miguel y de Uriel. Anael que es el Explicador de la obra de Dios. Él ha de responder a cualquier pregunta que le sea formulada.

—El Explicador. Sí.

—Mirad ahora. Mirad cómo se abre las vestiduras y muestra su pecho. Dios nos ampare y nos proteja de todo mal. En su pecho, un cristal; en el cristal, una ventana, una ventana semejante a esta ventana.

—Me apresuro a escribirlo.

—En la ventana, una niñita armada, una niñita-soldado se diría, que a su vez lleva un cristal, no, una piedra como ésta, pero no ésta. Y en esa piedra...

—En esa piedra —repitió el doctor Dee. Alzó los ojos de la página cubierta ahora hasta la mitad de los garabateados renglones de su escritura agitada, temblorosa—. En esa piedra...

—Dios nuestro Padre Celestial santificado sea tu Nombre. Cristo Jesús Hijo Unigénito de nuestro Señor ten piedad de nosotros. Algo más grande se aproxima ahora.

El vidente ya no veía, ya no oía, tan sólo era; en el centro de la pequeña piedra que la niña sonriente llevaba entre las manos había un espacio tan inmenso que las legiones de Miguel no podían colmarlo. Hacia el interior de aquel vacío, a una velocidad aterradora, fue disparada como una flecha su alma vidente; con la garganta cerrada, zumbantes los oídos, hacia él se lanzó, irremisiblemente, como si resbalara por un precipicio. Y de pronto no hubo allí nada, nada más que la nada.

Y de ese vacío inmenso, de esa oquedad infinita y vibrante, mas grande que el universo y a la vez alojado en su centro, de esa nada algo fue gestándose laboriosamente, con exquisito dolor naciendo, algo semejante a una gota. Nada podía ser más pequeño ni estar más lejano que esa gota de nada, esa semilla de luz; cuando eón tras eón hubo viajado hacia fuera, era apenas un poquito más grande. Al fin, no obstante, los atisbos de un universo empezaron a aglomerarse en torno de ella, la estela de su propio y penoso tránsito, y la gota cobró peso; la gota se transformó en un grito, el grito en una carta, la carta en un niño.

A través de los entrelazados firmamentos avanzó, y a través de oscuros cielos sucesivos que se abrían como cortinados. Las sorprendidas estrellas se volvían al grito de su santo y seña y se apartaban para abrirle paso; joven, potente, la cabellera suelta flameándole a la espalda, los ojos de fuego, llegó hasta el linde de la octava esfera y allí se detuvo, como en un muelle colmado de gente.

Parte, ponte en camino. Tan lejos había llegado ya que el vacío de donde viniera, ese vacío más grande que el ser, se empequeñecía dentro de él, era ya una semilla apenas. Una gota. Había olvidado cada santo y seña tan pronto como lo pronunciara; se había dejado envolver en su travesía como en un ropaje caluroso y pesado. Al cabo de otras eternidades, después de inconcebibles aventuras, perdida ahora la memoria, ofuscada la mente, envejecido, arribaría al fin, por mar, tierra y aire ¿a Dónde? ¿A quién tenía él que

hablar? ¿Para quién era la carta, a quién debía despertar el grito?

Cuando subió al navío para hacerse a la mar, aún lo sabía. Subió al navío; la muchedumbre que colmaba el muelle retrocedió, murmurando: ha puesto el pie en el puente, ha asido los cordajes. Se hizo a la mar bajo el signo de Cáncer pintado en la abombada vela mayor; y al cabo dos luces se encendieron en los penoles. ¿Eran Castor y Pólux? *Spes próxima*: lejos, muy lejos, una ágata azul apareció, una gema láctea.

PRÓLOGO EN LA TIERRA

Una oración a su ángel de la guarda a la hora de acostarse bastaba, siempre, para que su prima Hildy se despertara a la hora que necesitaba levantarse; eso decía ella. Decía que pedía que la despertasen a las seis o las siete o las siete y media, y que se dormía con la imagen mental del reloj con las manecillas en esa posición, y así las encontraba cuando volvía a abrir los ojos.

Él no podía hacer lo mismo, y tampoco estaba seguro de creer que Hildy pudiera, pero no había forma de rebatir lo que ella decía. Tal vez —como Pedro al caminar sobre las aguas— podría, si al menos tuviera suficiente fe, emplear el método de Hildy, pero no la tenía, y si no se despertaba a tiempo faltaría a la misa, con sus incalculables consecuencias; y el cura, con su cara de rana triste, se volvería tal vez hacia los feligreses, y preguntaría si alguien de los presentes podría ayudar en el Oficio; y quizás un hombre en ropas de trabajo subiría al altar y, levantándose las rodilleras de los pantalones, se hincaría en la primera grada, allí donde debería estar él, pero no estaba.

De modo que le despertó el sonido de un reloj de latón provisto de cuatro patitas y en la parte superior una campanilla a la que dos badajos golpeaban alternativamente, como si quisieran extraerle el cerebro a martillazos. Tan fuerte sonaba que, en sus comienzos, el campanilleo no parecía simplemente un ruido, sino algo mucho peor, una calamidad; y se despertó y se sentó en la cama antes de comprender que era el reloj el que vociferaba y se desplazaba sobre sus patas a través de la cómoda. Su prima Bird, en la

otra cama, se agitó un momento apenas bajo las mantas, y siguió durmiendo apaciblemente tan pronto como él paró la alarma.

Estaba despierto, pero le era imposible levantarse. Encendió el velador; la pantalla tenía un paisaje borroso, y un cubre-pantalla transparente con un tren pintado en él. Había un libro al pie de la lámpara, el que dejara abierto cara abajo la noche anterior; lo cogió. Casi siempre dedicaba el tiempo entre la hora de despertarse y la de levantarse al libro que antes de dormirse dejaba abierto sobre la mesilla de noche. Tenía once años.

En sus últimos años, Giordano Bruno evocaría a menudo con afecto su infancia nolana. Aparece con frecuencia en sus obras: el sol napolitano sobre las doradas campiñas y los viñedos que engalanan el monte Cicala; los cuclillos, los melones, el sabor de la *mangiaguerra*, el espeso vino negro de la región. Nola era una ciudad vieja, entre el Vesubio y el monte Cicala; en el siglo XVI podían verse aún sus ruinas romanas, el templo, el teatro, los pequeños santuarios de misteriosa procedencia. Ambrosius Leo había llegado a Nola en los albores del siglo para relevar el plano de la ciudad, con sus murallas circulares, sus doce torres, y descubrir la geometría que —como en toda ciudad antigua, pensaba— debió presidir su trazado.

Bruno creció en el suburbio de Cicala, cuatro o cinco casas apiñadas fuera de los antiguos muros nolanos. Su padre, Gioan, un ex-soldado pobre pero altivo, recibía una pensión y cultivaba un huerto. Solía llevar a su hijo de expedición cuesta arriba por las vertientes de las montañas. Bruno recordaba cómo, visto desde las verdes laderas del Monte Cicala, el Vesubio parecía desnudo y desolado; pero cuando lo escalaban, el Vesubio revelaba ser igualmente verde, igualmente fértil, sus uvas igual de dulces; y cuando, al anochecer, él y su padre se volvían para contemplar el

monte Cicala, de donde regresaban, era el Cicala el que parecía ahora pedregoso y desierto.

En su proceso, Bruno declaró que ya entonces había descubierto que la vista podía ser engañosa. En realidad, había descubierto algo mucho más fundamental para la evolución de su pensamiento ulterior; había descubierto la Relatividad.

Ahora, al calor de la bombilla, el tren de la pantalla había empezado a avanzar con extrema lentitud a través del paisaje borroso. Las agujas del reloj marcaban una hora tardía. En las mañanas de los días laborables, la misa se celebraba a las siete menos cuarto, y esa semana él estaba de servicio hasta la primera misa dominical; después, otro monaguillo lo sustituiría en el oficio cotidiano y él ayudaría sólo los domingos, ascendiendo en la escala horaria hasta la misa cantada de las once. Luego, todo volvía a empezar, otra vez una semana de mañanas oscuras.

Este sistema peculiar de la pequeña iglesia de madera acurrucada en el hueco del valle había sido inventado por el cura para sacar el mejor partido posible de los apenas cinco o seis monaguillos con que contaba; para los muchachos tenía, sin embargo, la fuerza de una ley natural: como el desarrollo de la misa misma, decía el cura, inoperante a menos que cada palabra de la liturgia fuese pronunciada con claridad.

Era un niño que veía espíritus en los bosques de hayas y laureles, aunque también era capaz de permanecer sentado pacientemente a los pies del padre Teófilo de Nola, que le enseñaba el latín y las leyes de la lógica, y le decía que el mundo era redondo. En sus *Diálogos* Bruno da algunas veces el nombre de ese sacerdote, Teófilo, al portavoz de su propia filosofía. En *De monade*, su último largo poema en latín, escribe: *Tiempo ha, en mi adolescencia, comenzó la batalla.*

Cuando, después de vestirse, de ponerse las zapatillas con suela de caucho y el pantalón vaquero, y las dos camisas de franela que usaba una encima de otra, hizo el largo trayecto a través de la casa en penumbra hasta la cocina, ya estaba allí su madre, y le había preparado la leche.

Cambiaron apenas las pocas palabras necesarias, demasiado somnolientos los dos para hacer algo más que preguntar y responder. Su madre, él lo sabía, no le perdonaba al cura su insistencia en pretender que un niño de once años tuviera edad suficiente para levantarse y asistir a la misa a horas tan tempranas. En estas latitudes, había dicho el cura, los muchachos de once años ya están en pie a esa hora, trabajando, y trabajando duro. Su madre, aunque no lo dijera, pensaba que el cura se había condenado por su propia lengua. ¡Trabajando!

A la luz de la lámpara de la cocina, la mañana era noche todavía, pero cuando abrió la puerta y salió, el cielo ostentaba ya un suave resplandor, y el sendero allá abajo, al pie de la colina, aparecía nítido entre los setos sombríos. Era el ocho de marzo de 1952. Desde el amplio porche de la casa alcanzaba a divisar, del otro lado del valle, la cima de la colina más cercana, gris y desnuda, y en apariencia sin vida; pero él sabía que allí habitaba gente, personas que cultivaban narcisos en sus jardines, que ahora estarían arando la tierra y preparando la siembra y que tendrían fuegos encendidos. La iglesia no era visible, pero estaba allí, bajo el ala de aquella colina. Tampoco desde la iglesia podía verse el porche de la casa.

Relatividad.

Se preguntó si, además del latín, el cura conocería las leyes de la lógica. ¡Las leyes de la lógica! En su imaginación, un sabor extraño, potente, fluía de las consonantes líquidas de la frase. El cura sólo le había enseñado el latín de la misa, memorizado fonéticamente. *Introito ad altare Dei.*

Él sabía, naturalmente, que la tierra era redonda; nadie había tenido que explicarle eso.

Valle abajo, más allá del pueblo, un tren carbonero que había permanecido inmóvil toda la noche, una caravana de bestias oscuras todas iguales, arrancó con un prolongado estremecimiento. Podía tener cien vagones: él había contado a menudo trenes más largos. Los vagones eran cargados en la quebradora, cerca de la bocamina, y el tren tardaba horas en partir y cruzar el pueblo y el valle en viaje hacia su destino. La locomotora que lo remolcaba resollaba lenta y penosamente como un viejo que escalara paso a paso una colina. Uno. Uno. Uno.

Su sendero descendía hasta el camino principal, a la vera del río, que atravesaba el pueblo y llegaba más allá de la iglesia. Pensando en los perros madrugadores, echó a andar, hundiendo las manos en los sucios y familiares bolsillos de su chaqueta, familiares pero de algún modo no suyos. *Yo no soy de aquí*, pensó, lo cual, porque era verdad, parecía justificar esa retracción de todo su ser, esa repugnancia de sus tiernos impulsos vitales a todo contacto con el entorno: esa despiadada medialuz del alba, ese camino, ese tren negro y su humareda. *Yo no soy de aquí; soy de un lugar distinto de éste*. A esa hora el camino parecía más largo que a la luz del día. Al pie de la colina, el mundo estaba aún a oscuras, y el amanecer todavía lejano.

LAS SOLEDADES